

Vida y medicina

Harold Styven Basallo Triana

6 de Julio de 2010, 8:30 am. Mi mente estaba en blanco, no recordaba ni el más mínimo acontecimiento, era un día gris y escuchaba el cantar de las golondrinas pidiendo a gritos agua desde el cielo. Caballos alborotados corrían de aquí para allá; mientras me levantaba, sentí un gran dolor de cabeza. Parecía que el mundo se venía encima, todo daba vueltas y tuve que tirarme a la cama. Esperé a que pasara la maluquera y cinco o seis minutos más tarde volví a la normalidad. Quedé con un pequeño fogaje en la frente, que pasaría rato después.

Recordé de nuevo que mi vida era agradable, gracias a Dios. Tenía lo necesario para vivir alegremente: Una casa en el campo, unos compañeros que me valoran y aprecian como soy, un colegio maravilloso, y lo más importante, una excelente familia muy unida por cierto, que me forma con valores que me llevarán a ser una persona centrada en lo que es.

En ese entonces, finalizando Undécimo grado, estaba aparentemente entre la espada y la pared. Una mezcla de sentimientos me atacaba por dentro; tenía ansiedad al enfrentar mi vida solo, en una ciudad donde no contaba con nadie, nervios de poder escoger una universidad que me formase como en realidad quería y el deseo de cumplir todas mis metas, aquellas que me había propuesto desde tiempo atrás.

Había decidido no contarle nada de aquel problema a mi familia pues me parecía algo insignificante. Ese día martes 6 de julio, me bañé, me vestí y salí junto con mamá; ella para el trabajo y yo para el colegio. Fue una jornada común y corriente, de clases todo el día, algo extensa por cierto. Recuerdo que en horas de la tarde, diferentes universidades ofrecieron sus programas de Medicina; allí se encontraban la Icesi, la Universidad Santiago de Cali, la Universidad Tecnológica de Pereira, la Uceva, y la Pontificia Universidad Javeriana. Algunas con un amplio recorrido y calidad, con buenas ofertas y excelentes convenios.

Había llovido desde el amanecer y me dirigía a mi casa en moto. La carretera estaba húmeda, eran casi las seis de la tarde, cuando de repente sentí el mismo mareo de la mañana, esta vez más fuerte, tanto que perdí el equilibrio de la moto. Llegué a mi casa emparamado de agua, con repelones en brazos y pies. Ya era de noche, 7:00 p.m.

La lluvia incrementaba, ríos y acequias se salían de su cauce. Apenas crucé la puerta, me preguntaron qué me había pasado; decidí contarle a mamá sobre el malestar que sufrí y pensamos que tal vez tenía problemas de hipoglicemia, así que decidimos ir al día siguiente a un laboratorio para hacerme tomar una prueba de sangre. Era una noche de luna llena y aún llovía. Ya eran las 9:45 p.m. y las

calles de la ciudad parecían amplios ríos de agua oscura. En algún momento, la noche se tornó un vendaval, se azotaban puertas y ventanas, los relámpagos eran cada vez más frecuentes.

A las 11:54 de la noche se escuchó la sirena anunciando una emergencia. Se trataba de un gran derrumbe en la zona montañosa de la ciudad. Era un sitio muy cercano a mi casa. Desafortunadamente, al día siguiente resultaron muchos damnificados por el desastre.

Aquella noche dormí poco; al amanecer, el agua potable estaba disminuyendo rápidamente, decidí alistarme para el examen médico, que era una prueba que evaluaría detalladamente todos los componentes de la sangre y “descartaría” cualquier tipo de problema.

Escuchaba rumores de camino al Hospital y al llegar, el número de personas era impresionante. Había un sin número de accidentes, muertos, lesionados y personas con diferentes traumas. Pasaba por cada uno de los corredores y podía apreciar el sufrimiento de personas que lloraban por sus familiares accidentados. Esperé cuatro horas en ayunas para que fuera posible tomarme el examen, que no tardó más de cinco minutos.

Por todos lados se escuchaban lamentos, pero no conocía muy a fondo lo sucedido. En grado once, mi costumbre era cumplir las horas sociales en el grupo juvenil de la Cruz Roja de la institución; por ello días después, encontré la terrible realidad en que habían quedado algunos habitantes de las zonas aledañas o rurales. Las grandes fincas quedaron totalmente enlodadas, el ganado que era de lo que muchas personas en esas zonas vivían, se había caído al río y se lo había llevado la creciente.

Algunas veredas quedaron incomunicadas con la cabecera municipal por causa del desprendimiento de un puente que era el único paso al pueblo, y lo peor de todo era la situación en que habían quedado las personas más vulnerables de la población, algo común en el país. Personas que antes vivían muy felices en sus casas de bahareque, chozas o de material, quedaron totalmente destruidas.

Los casos con los que me relacioné en mi labor social me hacían reflexionar cada día más y me impresionaban de diferentes maneras, como por ejemplo la verraquera, el positivismo y la fe en Dios con los que la gente se levantaba cada día para poder salir adelante y reconstruir lo poco y nada que tenían.

La reubicación fue muy lenta al igual que el diagnóstico a mi problema de salud. Hasta ahora, después de un largo año se me han practicado diferentes exámenes para tratar de descifrar qué tengo, y todo ha sido en vano. El problema de mareos y dolor de cabeza intenso se hacen muy frecuentes durante la semana, y al exponerme de esa manera al problema he aprendido a llevarlo y a convivir

con él. Ya perdí el ánimo de saber cuál es el error y comienzo a creer que es algo natural, producto de mi organismo.

Muchas cosas en mi vida aportaron a la decisión que tomé sobre estudiar Medicina pero las más recientes fueron la grandeza y fortaleza que muestra el ser humano cuando se lo propone y aún más, la divinidad de Dios de crear un organismo vivo totalmente asombroso con infinitud de sorpresas, mecanismos y procesos biológicos difíciles de reconocer y entender para el ojo humano. Todas estas son maravillas que llevan a asombrarnos cada día más en el campo de la salud.

Hoy recuerdo los diferentes programas televisivos de hace unos años, en donde se vendía la imagen de un médico adinerado, una propuesta tentadora para cualquier joven. Y es que la profesión médica debido a la “información” que proporcionan ciertos medios de comunicación está muy mitificada con ese halo de ser imprescindible en la comunidad, de ser todopoderoso y mirar a los demás desde lo alto de su bata. Aun así, para ser médico es cierto que debe cursarse una de las carreras más largas y exigentes que hay, tanto física como intelectualmente y no es para menos, pero aquí se trata de intervenir en la vida de otras personas para su bienestar; y se debe ser exigentes para formar a los mejores médicos, los que serán responsables de la salud de nuestra familia, amigos y seres queridos.

Tomar la decisión de estudiar esta Carrera no es nada fácil y es aquí donde llego a la grandiosa pregunta: ¿Por qué estudiar Medicina? Muchos en mi promoción iban con la idea errónea que les había vendido los medios de comunicación, como por ejemplo el ganar mucho dinero en poco tiempo, la falsa búsqueda de la fama y fortuna y el ser el alma de cada una de las fiestas.

Mi experiencia ahora me lleva a decir que el estudiante de medicina si tendrá vida social, pero debe olvidarse de la vida social que ha escuchado o vivido, es imposible que cada semana se tenga la fiesta del año; por otra parte el conocimiento médico es excesivamente amplio y el estudiante debe saber mucho de la vida en relativamente poco tiempo. En este corto tiempo he podido aprender que para ser un buen médico se debe dar siempre lo máximo y exigirse lo máximo. Nunca olvidaré que con un lapicero y un recetario se puede ayudar a salvar a alguien o a destrozar su futuro por completo.

Hoy cuento este relato, con diferentes experiencias personales pero tan solo con un fin: Reconocer cuán grande es la palabra Medicina y cuanta responsabilidad lleva en sus hombros alguien dedicado al estudio de esta profesión.